

LA LOCANDIERA

Comedia en tres actos de Carlo Goldoni. Adaptación de Ivo Chlesa y Piero Monaldi. Dirección de Alessandro Fersen. Escenografía y vestuario de Emanuele Luzzati. Elenco del Teatro Estable de la Ciudad de Génova en el Solís.

Para su despedida, la compañía italiana reservó uno de los más valiosos y trajinados textos de Goldoni, "La Posadera", o "Mirandolina", obra que toda primera actriz no ha dejado alguna vez de intentar. Con justicia, porque es una admirable comedia donde Goldoni no se limita a jugar con levedad el juego de las burlas, sino que traza personajes donde apuntan jugosas observaciones del natural, y en especial crea un delicioso carácter con una Mirandolina, la coqueta y discreta que somete al enemigo de las mujeres, al áspero caballero de Ripafрата. La obra está más cerca de la comedia costumbrista que de la farsa, y si no recuerdo mal es la única en que Goldoni no echa mano al dialecto véneto para acusar la comicidad popular, de "commedia dell'arte", que frecuentó su teatro.

La puesta en escena de Fersen, a pesar de trabajar ya con una adaptación del texto se descansó en el tono farsesco, pero utilizándolo con cierta indecisión que perjudicó la homogeneidad del espectáculo. Este término medio prudente en que fue puesta la interpretación de la pieza, le restó el brío y la invención escénica que hubiera tenido con una impostación decididamente farsesca recurriendo y exagerando los "lazzi" tradicionales, y también le restó la elegancia y el sabor de su texto flexible que hubiera alcanzado quizás con un ritmo de comedia más moderna.

Ni en escenografía, ni en vestuario, ni en interpretación, hubo ese chispazo de invención imaginativa que hizo las delicias del montaje de Squarzina para "La vedova Scaltra", (para no citar el más famoso "Arlecchino" del Piccolo). Pero si ello estuvo ausente, hubo en cambio una demostración de solvencia y de oficio envidiables que prueban la madurez de este conjunto nuevo. Valeria Valeri hizo la voluble y atractiva composición conocida del personaje, sin dotarlo de la gracia y la seducción que lo justifican, y, merced al tono farsesco, disolviendo lo que hay en ella de sensato y criterioso.

El mejor trabajo fue el de Tino Buazzelli, cuyo marqués de Forlimpopoli tuvo un grotesco de prudente gracia por el que reveló estar dotado para la comedia. Junto a él fue inteligente la composición de Renzo Giovampietro, quien le dio un andar sonriente y amable tanto a su personaje como a la pieza, evitando los excesos de contraste en que habitualmente se incurre con él.

El escenario tuvo una solución diestra mediante cortinas pintadas, pero el armazón de hierros pareció demasiado moderno y fuera de lugar, y la efectividad del sistema sólo se consiguió cuando la escena del planchado de ropa. En trajes se buscó el efectismo con concesión a la facilidad, pero hubo trajes, como el de Mirandolina, bien logrados de color.